

Textos de Ricardo Rojas

“Socialistas y anarquistas”

Las manifestaciones de ayer.

Los discursos

Hanse llevado a cabo las manifestaciones con que los centros obreros de Buenos Aires celebraban el aniversario ayer. Ya *El País* ha dado su opinión sobre esos movimientos en nuestro país, y aquí sólo cabe nuestra misión de cronistas.

Respondiendo al llamado de sus organizadores, ayer a las 2 p.m. numerosos grupos de personas empezaron a llegar a la plaza Constitución, que era el punto de que debía partir la columna. Un momento después, enorme gentío rodeaba la gruta y los senderos de la plaza, y sobre las cabezas de la multitud, estandartes y banderas rojas flameaban al viento. Ante ellos el espíritu colectivo empezó a llenarse de entusiasmo, y cuando la columna rompió la marcha, un vocerío sonoro se levantaba en las filas.

Notas de marsellesas y de himnos al trabajo, vivas a la libertad y denuestos a los capitalistas, todo se fundía en el aire como en un solo clamor. Encabezado el grupo, –que se había encauzado como un gran río humano entre las paredes de la calle Lima,– iban el doctor Arraga, el estudiante Dickens y el obrero Cúneo. Tras de ellos las banderas ponían su nota de púrpura, más atrás los hombres se sucedían a los hombres, formando una multitud compacta y entusiasta, a la que no eran extraños los estudiantes universitarios, gremio en que las nuevas ideas han empezado a abrirse camino.

La columna era numerosa, –no menos de 5.000 cabezas podían calcularse estrictamente desde un balcón de la calle Lima;– y, a trechos, entre ellas, los brazos alzaban carteles en que se leía: “Viva el socialismo”, “Por la jornada de ocho horas”, “Uníos, trabajadores”, –y uno con la frase de Zola: “El socialismo es el nuevo Evangelio de la humanidad, y quien quiera que se mofe del nuevo Evangelio, es un necio; quien quiera que procure ahogarlo, es un criminal.”

La columna continuó su marcha sin otros desórdenes que los producidos por sus movimientos y el grito continuo que partía de su seno.

Durante el trayecto, su paso fue saludado con aplausos y vivas de algunos balcones y azoteas, entre ellos los del teatro de la Comedia, al pasar por Artes. Cuando hubo llegado a la esquina de Paraguay y Rodríguez Peña, la columna se detuvo. Las bandas de música tocaron otra vez los himnos de la libertad y el trabajo y las voces dieron mueras a los frailes y vivas a la revolución social. Hecho el silencio, ocupó la tribuna el

doctor Arraga, siguiéndole en el uso de la palabra los señores Dickens, Cúneo y otros, pronunciando discursos todos inspirados por el espíritu que motivaba la reunión.

Con la última palabra de los oradores, las voces de la multitud se alzaron de nuevo, alejándose entre los grupos que partían en distintas direcciones, dando término a la manifestación.

El meeting anarquista

Los anarquistas estaban citados a la plaza Lorea. Allí concurrieron desde las primeras horas de la tarde. Desde Lorea, una vez formado un grupo suficientemente numeroso, partieron por la avenida de Mayo, tomando después por Rivadavia, hasta llegar a la plaza Once de Septiembre, donde se debían pronunciar los discursos.

Y fueron pronunciados, violentos, como había que esperarlos. Berri, Monterroso, Frattino, Bastera, Ghiraldo y otros, hicieron uso de la palabra. Clamaron por la caída de todos los poderes, los del Capitolio, la fábrica y el templo. Intransigentes como son, censuraron a los socialistas legalitarios que a esa hora estaban reunidos en la plaza Rodríguez Peña.

Y todos levantaban la misma bandera roja, la misma tea, la misma hacha. Y cada frase levantaba entre una multitud de 2.500 personas aplausos estruendosos y prolongados, vivas a la anarquía, mueras a lo que juzgan inicuo.

Después de los discursos, la columna desembocó por Rivadavia nuevamente, y, a su paso, vimos que iban en ella muchas mozas portadoras de estandartes rojos, y las sociedades Obreros de Sola, Resistencia de Panaderos de San Martín, Cosmopolita de Obreros, Panaderos de Belgrano, yeseros, albañiles, mecánicos, y El Co mo [sic] de la desgracia, y hombres que repartían publicaciones anarquistas *L'Avenir*, *La protesta humana* y otras, y una banda de música que también tocaba La Marsellesa y obreros que cantaban himnos de guerra y carteles que decían: "Esta no es la fiesta del trabajo. Este es el día de la protesta, carteles que la policía obligó a romper.

Esa columna iba precedida, seguida y rodeada por guardias de seguridad y vigilantes a pie. Otros guardianes del orden público habían sido puestos en las manzanas de Balvanera, la Piedad y otras iglesias. Y así, la columna marchaba en orden, aun cuando constantemente vociferaba.

Esta vigilancia policial no consiguió evitar, sin embargo, los incidentes de que a continuación damos noticia.

Publicado en *El País*, Buenos Aires, 2 de mayo de 1901, p. 6

"Los indios y el ejército"

Un asunto que merece estudiarse

El gobernador de Formosa ha dirigido al ministro del interior una extensa nota en la que se le comunica que la colonia Florencia se halla nuevamente amenazada por los

indios y que otras invasiones se temen, razón por la que pide al gobierno nacional nuevos elementos militares para combatirlos.

La nota será probablemente remitida al ministro de la guerra y no sabemos lo que resolverá el gobierno; pero es esta la oportunidad de decir lo que sabemos respecto de estas supuestas o reales invasiones de indios.

Personas completamente enteradas acerca de estas cuestiones, algunas de ellas que han estado en el Chaco y Formosa nos han informado que la mayoría de las veces estas invasiones de indios son meras fantasías forjadas para satisfacer intereses personales. Casi siempre son la obra de unos cuantos comerciantes empeñados en conseguir un destacamento de tropa que dé vida a sus casas de negocio.

No nos ha extrañado esta revelación. No es ya un misterio que casi la totalidad de los indios de nuestro país se encuentran sometidos y aceptan la civilización. Por el contrario de ser ellos un peligro, son más bien víctimas de los que explotan su trabajo o de los que invaden sus posesiones.

Hay más de un avance a estas tolderías pacíficas en que se han realizado las carnicerías más inhumanas sin que hubieran provocado, y sabemos de una india anciana, que por no haber avisado a un piquete dónde podía conseguir agua, fue muerta salvajemente a garrotazos.

Conviene entonces que el gobierno nacional se imponga bien de lo que hay en el fondo de todo esto porque si ejército ha de ir por las causas que denunciamos y a lo que nos referimos, es mejor que no vaya.

Publicado en *El País*, Buenos Aires, 13 de octubre de 1901, p. 6.

“La ley del trabajo”

El ministro González, llamado a la cámara para contestar la interpelación del diputado Palacios, hizo del código industrial que ha proyectado su argumento moral de más peso, al responder los puntos de la minuta. Dada la importancia que su propio autor le ha atribuido, se lo espera con ansiedad, no sólo como signo de una orientación nueva y saludable en nuestra política, sino como instrumento de gobierno que pueda atenuar, ya que solucionar es por hoy imposible, los conflictos entre el capital y el trabajo, planteados ya entre nosotros con caracteres definidos.

El diputado socialista, fundándose en informaciones oficiales, ha dicho que esa ley le pertenece en su mínima parte al ministro del interior y que ha podido surgir gracias a la influencia del partido a que pertenece como lo revela la colaboración de varios jóvenes que no se han educado en las esferas del gobierno sino en las filas de ese partido.

La discusión de la ley pondrá de manifiesto cuál es la obra del ministro; entendemos, además, que no ha dicho eso el doctor Palacios para deprimir el esfuerzo y la iniciativa nobles del ministro González, sino que éste es *rara avis* en la esfera de nuestro gobierno casi gaucho, como lo revelaba la falta de respeto que aquí tienen las autoridades por la clase obrera.

Confiamos en la legislación del detalle por la intervención de jóvenes ilustrados y liberales, aunque tememos que este código resulte algo teórico, por lo improvisado del

esfuerzo. Su idea vértebra es crear una legislación de conciliaciones y equilibrio social, –como se ha dicho,– realizando así el gobierno una obra de paulatina renovación.

Publicado en *Libre Palabra*, Buenos Aires, 16 de mayo de 1904, p. 1

“Quintana versus Roca”

Los opositores de San Luis, coaligados para la deposición de los Mendoza, resolvieron postergar la revolución hasta después de las elecciones presidenciales con el objeto, –según lo hemos dicho antes de ahora,– de que tuviera el movimiento los caracteres de una protesta genuina y esencialmente local. Sin embargo, traídos estos sucesos a la discusión metropolitana por el pedido de la intervención que actualmente se discute, adquieren trascendencia nacional, –muy alarmante para el criterio de algunos, y no ocultan su pensamiento ni el gobierno ni la oposición, ni el ejecutivo ni el senado, ni el actual ni el futuro presidente.

Unos sostienen que la intervención debe ir a reponer las autoridades de puestas por la sedición y esta es la opinión del general Roca, que desea consolidar a sus amigos, pagarles su adhesión incondicional y salvar el régimen de paz varsoviana que ha sido la característica y el ideal de su gobierno.

Otros desean que la intervención vaya investida de amplios poderes, que estudia la constitución del actual gobierno, en origen y legalidad y que, si se encuentra fuera de la constitución del actual gobierno, en origen y legalidad y que, si se encuentra fuera de la constitución, presida la reconstrucción de los poderes; y esta se dice que es la opinión del doctor Quintana que desea desembarazar de estas amenazas el camino de su gobierno.

A ser esto cierto, el caso de San Luis habría venido a plantear el conflicto de influencias entre ambos personajes. Todo lo hacía presentir: la situación política, el momento histórico, la tradición y el temperamento de ambos hombres públicos. Esto no podía escapar a la penetración del general Roca; y si el conflicto ese ha planteado en efecto, revelará amargamente al presidente que declina lo temerario de esta sucesión por él auspiciada, *bon ó mal grée*.

Campo de lucha de estas dos influencias, tendrá que ser el senado. Allí se halla la representación política, electoral y partidaria de las distintas provincias. Y bien, la opinión de los senadores se había dividido ayer entre los caminos indicados, y –signo significativo y fatal– la mayoría era adversa al ejecutivo, tanto en su deseo de que el asunto fuera inmediatamente discutido, como en un propósito de que la intervención fuera a reponer al gobierno derrocado.

Se anunciaba para hoy una conciliación de ambas tendencias. No sería difícil que el ingenioso general Roca hallara un término de acuerdo. En tal caso habría que buscar el *double fondo* del cubilete. Entre tanto, si los Mendoza son repuestos, eso no modificará lo que este movimiento ha tenido de repercusión nacional. El conflicto de Quintana y Roca no haría sino postergarse y advertiría al primero que demasiado pronto había querido iniciar la liquidación de la testamentaria política del segundo.

Publicado en *Libre Palabra*, Buenos Aires, 16 de junio de 1904, p. 1.

Salud Pública en Santiago

Iniciativa plausible

El estado sanitario de la ciudad de Santiago del Estero continúa tan deplorable como en los días en que nos hemos ocupado con mucha atención de este asunto. Ni la actitud de las autoridades locales, ni la intervención de las autoridades sanitarias de la capital, han sido eficaces para detener los estragos del paludismo. La impotencia de las primeras se explicaría porque ha tenido dos enemigos: la peste y la falta de recursos. La de las segundas no sabemos por qué.

Pero lo cierto es que el mal, lejos de detenerse o retroceder, ha avanzado. Ha avanzado tanto en intensidad como en extensión, con el agregado de que la carencia de medios en los hogares pobres ha creado, frente a la peste, la imposibilidad de adquirir siquiera un gramo de quinina. En esto no hay ninguna exageración de nuestra parte. Lo hemos leído en cartas y diarios llegados de la misma ciudad de Santiago.

Este clamor tan alarmante ha repercutido en el grupo numeroso de universitarios santiagueños residentes en Buenos Aires. El Centro Santiagueño –formado por esa juventud– ha adoptado una actitud que le honra, en presencia de aquella desconsoladora realidad.

La quinina ha sido el remedio empleado hasta hoy para combatir la enfermedad.

No se ha conseguido con ella que la enfermedad desaparezca en la forma endémica, puesto que sólo ataca los efectos y no las causas del mal. Estas causas están en el agua: ya lo hemos dicho otra vez. Desde luego nada estable y definitivo se conseguirá hasta que no se realice el proyecto de dotar de aguas corrientes a aquella ciudad. 500 gramos de quinina mandó una vez el departamento nacional de higiene. No sabemos si renovó su auxilio; pero sí que las dosis se concluyeron a los dos días. Tal es la demanda.

Ahora el Centro Santiagueño, a que antes nos referíamos, ha resuelto, en la medida de sus escasos recursos, enviar a Santiago, como primera medida de su parte, la cantidad de 1500 dosis de quinina, que serán remitidas proporcionalmente a los distintos diarios de Santiago, para que éstos se encarguen de distribuirlos entre las familias menesterosas. Las dosis serán preparadas por el farmacéutico Alcorta, miembro de la asociación.

En la misma sesión en que se acordó la medida a que antes nos referimos, se resolvió también nombrar una comisión de su seno compuesta de los señores Julio A. Rojas, Manuel Hernández y Francisco Unzaga, para que procuren obtener auxilio en la capital, ya sea de los demás santiagueños residentes en ella o bien de las sociedades de beneficencia de esta ciudad.

No reservamos nuestro elogio al Centro Santiagueño, en presencia de tan noble actitud.

Los vendedores de diarios

El descanso semanal

Resistencias egoístas

Los vendedores de diarios, hasta ayer dispersos, constituyen hoy un gremio organizado, que puede llegar a ser poderoso por la unión.

El sentimiento de los comunes intereses y de la propia importancia, los ha reunido para buscar por el esfuerzo colectivo el bienestar a que tienen indiscutible derecho.

El descanso de los lunes ha sido desde el primer día el propósito principal de esta asociación, pues aspiran con justicia a un día de solaz sus miembros tras la fatiga semanal.

En nombre de estas razones la asociación de vendedores de diarios pidió la cooperación de las empresas periodísticas de la capital, solicitando de las mismas que suspendieran en adelante la edición del lunes, proporcionando así descanso a redactores, tipógrafos y vendedores.

Todas las empresas, menos una, aceptaron la proposición; una sola, que vienen con su egoísmo a anular los esfuerzos de los vendedores.

Estos, sin embargo, no cejarán en su campaña.

Acabamos de recibir una nota, en la que se nos comunica que “los empresarios de venta, vendedores y repartidores de diarios, reunidos en asamblea bajo la presidencia del señor Francisco Viola y actuando el señor Ripreli como secretario, han resuelto, por unanimidad, en votación nominal, insistir en el pensamiento del descanso semanal”.

Si ninguno de los diarios de la mañana apareciera el lunes, todos se colocarían en igualdad de condiciones y las pérdidas serían proporcionalmente iguales; pero la negativa de una de las empresas daría por resultado mantener sobre los vendedores un yugo que esta concesión hubiera hecho desaparecer. ¡Pesado yugo, por cierto! Pues, ¿quién no ha visto a esos vendedores correr de sol a sol por nuestras calles sudorosos y jadeantes, pregonando a voces el nombre de nuestros diarios? ¿Quién no sabe que después de esa ruda tarea, más ruda cuanto más desordenada, van unos a descansar en sus oscuras y apartadas viviendas y no pocos quedan a buscar un refugio, acá en el centro, en el umbral de edificios suntuosos? ¿Quién no ha oído decir que es la silueta de estos mismos vendedores la primera que se ve deslizarse por calzadas y veredas al día siguiente, pocas horas después que se recogieron y entre la claridad aún indecisa del crepúsculo que se aproxima? Empero, nada de esto ha merecido consideración por parte de una empresa, que ha negado la consideración que merecen, por tantas razones, los vendedores, factor importante y órgano principal en la difusión periodística. Únanse vendedores y repartidores, perseveren sin desmayo y confíen en que vencerán.

Los obreros de Tucumán

Suelen decir algunos misóginos ignorantes que el problema obrero es exótico entre nosotros, prematuro y artificial trasplante de ideas europeas. Para afirmar esto, solían invocar en su apoyo el hecho de que el conflicto se había planteado solamente en la capital.

Esto es, precisamente, lo que afirma la realidad absoluta del fenómeno y sus génesis económicas. Si caprichosamente se pudieran producir problemas industriales de esta índole, los tendríamos también en Jujuy y en el Chaco.

Su aparición aislada en Buenos Aires, el Rosario y alguna otra región litoral, demostraba que la cuestión se manifiesta allí donde el desarrollo de la gran industria, la acumulación de brazos y la conciencia individual y gremial de los trabajadores, concurren para producirlo. A medida que estos factores se presentan el problema se insinúa y se caracteriza. Es lo que acaba de ocurrir en Tucumán. La explotación industrial existe, agrícola en Córdoba y Buenos Aires, forestal en Santiago y el Chaco, vitivinícola en San Juan y Mendoza; pero falta la conciencia industrial de los trabajadores, su despertamiento, su asociación. Cuando esto ocurre, el gremio se forma y el proletariado aparece como una entidad, frente a la entidad capitalista.

En Tucumán, la gran industria se había desarrollado, la máquina-factura adquirió una gran prepotencia y aparte de la explotación económica que esto trae consigo, existía otra mayor, –social o antisocial, diríamos, por ser inhumana–, la de un régimen oprobioso y tiránico dentro de ellos ingenios. Su brutalidad feudal variaba desde los robos de la *proveeduría*, hasta los azotes en carne limpia, y estaba afianzado en la ignorancia pasiva de ellos obreros, analfabetos, indolentes y sumisos. Esto no puede ser negado hoy. Ha sido, siquiera sea con las limitaciones oficiales, reconocido por el P. E. Nacional en el mensaje de la ley de trabajo.

Entre tanto, la conciencia de aquellos proletarios había empezado a despertarse. Había un centro socialista en Tucumán. Iban propagandistas a la campaña. En la sociedad Sarmiento, un grupo numeroso de estudiosos, participaba, aunque platónicamente, de la nueva doctrina. El ideal se difundía silencioso; y ahí tenemos su obra.

Desde hace varios días una huelga iniciada en el distrito de Cruz Alta, amenaza la industria tucumana. El señor Patroni, ido de aquí, ha mediado entre patrones y obreros. Aquellos le han nombrado su gestor. Él se ha dirigido a los dueños de ingenios, y, formuladas ya las proposiciones de arreglo, depende de estos últimos toda probable solución.

Publicado en *Libre Palabra*, Buenos Aires, 23 de junio de 1904, p. 1

Los dueños de la pampa

En el territorio de Neuquén, sobre el arroyo Killeu, el cacique Mariano Paineofilú con su tribu poseía desde 1880 un área de tierras fiscales. Sin respetar 25 años de posesión, un agente oficial les ha ordenado el desalojo, llevándose por delante, no solamente su derecho, sino la tradición de su raza que con la lengua de sus antepasados bautizó esos lugares.

Amenazados de esta expulsión que les privaría no sólo de la tierra que cultivan sino de los techos que les guarecen el cacique Paineofilú se ha presentado al ministerio de agricultura pidiendo se les conceda título de propiedad.

A los antecedentes que son conocidos, agrega el noble cacique su obediencia al gobierno, su sometimiento total a la civilización, sus auxilios a los ejércitos nacionales, ochenta jefes de familias que le acompañan y animales de labranza que, en sus manos, son promesa de una patriarcal colonización.

No sabemos la forma en que el ministro del ramo resolverá esta simplísima cuestión, pero dado el atropello irritante que motiva la solicitud, un despacho negativo sería su mejor corolario y la sanción de la política de fuerza y de injusticia que ha sido la génesis del feudalismo agrario de nuestra pampa.

La conquista del desierto, realizada con derroche de crueldad medioeval, sirvió para demostrar que no fue necesario destruir una raza dócil a la civilización, y que una conquista más inteligente pudo dar los mismos resultados, ya que en la forma realizada, nada ganó el hero[ísmo].

Corren brutales anécdotas de aquella campaña: los soldados del ejército, (asesinos en gran parte) superaban a los indios en crueldad. ¡Ellos no podrían escusarse, siquiera con la socorrida razón de la época, que inspiró el verso lapidario y famoso del español Quintana! Y después de haber ensangrentado pecho de caciques y vientres de indias; y después de haber entregado a la tierra a las especulaciones bursátiles del fácil conquistador que jamás la cultivaría, se presenta este espectáculo tristísimo: los últimos sobrevivientes de la raza vencida, pidiendo como por caridad un palmo de tierra de la pampa casi infinita donde quedaron insepultos, acaso, los restos de sus mayores...

Estas parecerán razones sentimentales y románticas a cuantos fueron indiferentes al clamor de las víctimas, ya que así lo exigía la historia, y a los que solo fueron sensibles al retintín de las monedas que en su carcela [sic] volcaba el agio de los territorios usurpados. Ya la aparecería política, y la adulación más servil y el inmoral compadrazgo de las concesiones y los vuelcos de la fortuna, han colmado el vientre ávido y enorme de los grandes *geófagos* (¡quede ahí el mote!) que hoy se pasean opulentos, aquí y en Europa, gozando el provecho de la tierra que ellos nos conquistaron o nos compraron, por lo menos.

Ahora dejen a los otros, vivir, en el rincón neuqueniano [sic], de los trigos que ellos cultivarán y morir después sobre esa misma tierra donde la última sombra de los dioses huye para siempre al silbato del ferrocarril.

Publicado en *Libre Palabra*, Buenos Aires, 30 de julio de 1904, p. 1